

abierto y tentador : lo dobló como distraidamente, sin saber lo que hacía, lo deslizó entre su corpiño, lanzó á Ana una mirada llena de reproches y con un gesto de desolación trágica abrió la puerta y salió.

## VI

Algunos días después, al entrar Santiago en su casa para vestirse y acudir á la calle de la Chaussée d'Antin, donde Ana le aguardaba á comer, encontró sobre la mesa de su gabinete una carta, cuyo sobre de clase corriente y lo vulgar y grosero del carácter de la letra, denunciaban una petición de socorro dirigida por algún mendigo de profesión. La abrió con indiferencia, preparado de antemano al olor de tabaco que iba á exhalar la carta y á las jeremiadas de costumbre de la redacción; pero bruscamente su mirada quedó fija y una palidez horrible cubrió su semblante. Dejó la carta un momento sobre la mesa, como si dudara de lo que acababa de leer, sentóse, temiendo que le faltaran las fuerzas, volvió á tomar el escrito y lo leyó de nuevo :

« Señor :

» Usted no ha tardado mucho en olvidar á la joven muerta el año pasado...

» ... Sin embargo, ella lo amaba mucho, y fué por causa de usted que pereció; pues si no hubiera estado tan interesada en saber la verdad relativa á usted, aún se hallaría en este mundo, y una criatura indigna de la afección de usted no la reemplazaría. Si desea no continuar viviendo engañado más tiempo por un monstruo, venga mañana á las cinco de la tarde á Passy, á la esquina de la calle de Boulainvilliers y del muelle. Encontrará á alguno que se encargará de conducirlo á donde es necesario que vaya para recibir los informes. Sobre todo, nada de traición ni de vigilancia, porque al primer indicio sospechoso él desaparecerá y usted no llegará á enterarse de nada.

» Venga solo y confiado, pues hallará verdaderos amigos. »

No había firma, y la letra era gorda, cerrada, pretenciosa, de viejo furriel, cuidando los gruesos y los finales. La del sobre era común, detestable,

como letra de cocinera gruñona que roba á sus amos.

La impresión experimentada por Santiago fué terrible : en un momento se encontró sumergido en las angustias, las sospechas y las dudas, y se vió dominado nuevamente por pensamientos siniestros. Su seguridad moral estaba una vez más destruída, y á la hora en que se creía desembarazado de espantosas pesadillas que turbaban sus noches y de venenosas amarguras que nublaban sus días, volvía á caer en la horrible preocupación del crimen.

Quedó un momento inmóvil, en un desorden de espíritu indescriptible, y después, cuando vino la reacción, se levantó presa de la cólera, y con una resolución de exasperado se decidió á afrontar osadamente la situación. Releyó por la tercera vez la carta acusadora, y pesó los términos, escudriñó las intenciones y sondeó la misteriosa infamia.

Desde luego, que no había duda posible sobre el fin que se proponía el comunicante desconocido : la frase decisiva del inmundo papel era ésta :

« Una criatura indigna de la afección de usted. »  
Querían perder á la joven; la acusaban en tér-

minos velados, pero suficientemente claros, de haber sido la instigadora del crimen; se le ofrecía informarlo sobre la conducta de su querida, y al mismo tiempo, quizás se buscaba el modo de hacerlo víctima de una asechanza.

Instantáneamente se acordó de la carta por medio de la cual la pobre Elena fué llamada á Grenelle. ¿Por qué no sería el mismo bandido que le había escrito? Nadie lo había visto, ni el mismo comandante Prévinquières, á quien la joven le dijo riendo que iba á un barrio perdido, y sin duda se había servido para con ella del mismo recurso que usaba ahora con él. La carta decía: « Si no hubiera estado tan interesada. » Sí, le habían escrito: « Su marido la engaña: si usted quiere saber la verdad respecto á él, venga á tal punto. » Y ella fué, y allí encontró la muerte.

Un sollozo le subió á la garganta, y en la soledad de su gabinete, entre el silencio fúnebre, abatido, espantado de tanta bajeza, de tanta perversidad y de tanta ignominia, rompió á llorar amargamente. ¿Qué había hecho, para que enemigos desconocidos se encarnizaran así contra él? ¿qué daño había causado, ni qué tormento había impuesto? Tenía la conciencia de haberse mos-

trado siempre justo, caritativo y bueno; ¿pero de qué le valía todo esto? ¿de dónde nacía ese odio oculto que no lo desamparaba? ¿por qué esas intrigas horrosas preparadas á su alrededor y pérfidas como las mallas de una red tendida por algún monstruo invisible? ¿habría seres en la naturaleza que harían el mal por el mal, con la feroz alegría de descuartizar las carnes, azorar las miradas, llenar las bocas de estertores y dejar estupefactas las almas?

Pensando que tantas tristezas y dolores le venían de esos bandidos anónimos, sintió el deseo de la venganza; sí: devolvería golpe por golpe y no permanecería cobardemente impasible ante la audaz provocación. Iría á la cita, porque quería conocer á cualquier precio los móviles secretos de tan atroces acciones: si Ana era culpable, la castigaría — ¡oh, sí! — de una manera ejemplar; mas si era inocente y calumniada, la vengaría de sus enemigos, que también eran los suyos.

La existencia le parecía imposible de soportarse en la incertidumbre en que acabaría por consumirse, y en su exasperación hubiera querido correr al peligro, á las revelaciones y al castigo de los culpables. Registró en una gaveta de su escri-

torio, tomó un revólver y lo examinó con atención; éste era el único compañero que iría con él, y sin descuidarse y bien armado, no tenía nada que temer. Puso el arma sobre la mesa, y calmado repentinamente por estos primeros preparativos, volvió á sentarse y reflexionó profundamente.

Hizo memoria de que en las conversaciones que había tenido con Ana en esos últimos días, ésta le había hecho prometer que la tendría al corriente de todo lo que se le dijera ó se le escribiera contra ella, y la insistencia que había mostrado, y á la que él hubo de ceder, ahora se explicaba claramente: ella conocía los misteriosos bandidos y temía alguna denuncia ú otra infamia cualquiera por parte de ellos, porque sin duda los había disgustado hasta el punto de impulsarlos á vengarse. Pero ante este supuesto, ya podía colegirse que había roto con ellos, que traicionaba los planes de los mismos, y tal vez, que se ponía del lado suyo.

El entreveía una débil luz en la siniestra obscuridad que lo envolvía: creyó por un momento que Ana era inocente; pero ¿cómo se había conducido para estarlo? De antemano, sus temores la condenaban, las primeras sospechas de Dauziat y las

suyas estaban en camino de confirmarse y la amorosa y encantadora criatura aparecería al fin cómplice de aquel crimen tan atroz é injustificable. De cualquier modo, era preciso no enterarla de la carta recibida ni de cuanto pensaba hacer, puesto que ponerla al corriente sería exponerse á ser traicionado, y él no quería despreiciar la ocasión única que se le presentaba de conocer á los asesinos de la pobre Elena. De Dauziat, bien seguro estaba: su inteligencia, su actividad, su valor, todo lo pondría el literato al servicio de su amigo; y más que nunca, en una circunstancia tan grave, ya aconsejando ó ya ejecutando, su concurso habría de resultar siempre inestimable.

Santiago quiso, primero que todo, hallarse libre esa noche, porque le era insoportable ver á Ana mientras no quedara fija su culpabilidad ó su inocencia. Se sentó ante su escritorio y escribió á la joven pretextando una repentina dolencia de su madre y la obligación en que se hallaba de permanecer á su lado, entregó la carta al criado para que la remitiera por medio de un mozo de esquina, y al dar las siete llegaba al círculo donde casi siempre pasaba Dauziat algunas horas charlando antes de ir á comer. Éste se hallaba justamente

allí, oyendo relatar las noticias, las disputas y los escándalos del día, á la vez que observaba y recogía de sus compañeros de tertulia las costumbres, las manías y demás defectos de los mundanos, que sin pensarlo ni quererlo se le suministraban como preciosas indicaciones.

Al ver llegar á Santiago, hizo un gesto de extrañeza y al momento notó que venía bajo el imperio de una emoción violenta : dejó el grupo en medio del cual estaba, y llevando á Prévinières á unos metros de distancia, le preguntó con aire inquieto :

— ¿Qué es lo que hay?

— Cosas muy graves. ¿Comes aquí?

— Eso pensaba; pero si quieres que comamos fuera, para estar más tranquilos, vamos.

— Es lo mejor; vamos.

Descendieron mudos y muy pensativos, atravesaron la Plaza de la Concordia, subieron la calle Real, siguieron la de San Honorato y entraron en el restaurant Voisin. Una vez en un gabinete reservado y encargada la comida, Santiago tomó la carta motivo de tanto desasosiego, y sin comentarios ni otro preparativo alguno, la puso ante los ojos de Dauziat. Éste la leyó, y súbitamente miró

á su amigo con una cara que bien expresaba la viva y profunda impresión que había experimentado : luego lanzó un suspiro, volvió á leer la carta con más atención y estudio, la expurgó y la desmenuzó para sacar de ella todas las intenciones y desentrañar todos los doble-sentidos; después bajó la cabeza, apoyó la frente en las manos, reflexionó largamente, y en suma, formuló este fallo :

— Ese que te ha escrito esta carta, es el asesino de la desgraciada Elena : es cierto que la señora de Descharmais es su cómplice : es evidente que esa cita es una asechanza, y serás un loco si á ella acudes.

— ¿Y eres tú quien me hablas así? gritó Santiago con fuerza. ¡Qué!... ¿Conque se me presenta la ocasión única é inesperada de descubrir al asesino de mi pobre mujer, y me aconsejas no aprovecharla? ¡Cuando más seguro estoy de hallarme frente al criminal, más se impone para mí la obligación de ir á buscarlo! ¿Un ser que me ha hecho tanto daño, y á quien puedo sorprender, apoderarme de él y desbaratarlo con mis manos? ¡Vamos, Dauziat, tú no me tomarás por un cobarde!...

— ¡Tú no sabes con qué gente tienes que habértelas!

— ¿Y tú lo sabes?

El rostro del literato se tornó sombrío. Había llegado el momento de las revelaciones decisivas, y comprendió que una vez comenzado el relato de lo que sabía, no le sería posible detenerse sin llegar al fin. Así también se preguntaba en un interrogatorio consigo mismo, si procedería cuerda y prudentemente levantando ante la mirada de su amigo el velo que cubría las repugnantes relaciones de la señora de Descharmais con el bandido, y si la cólera y la desesperación que este descubrimiento tenía que producirle, no lo pondrían nuevamente en la peligrosa ruta de donde él con tanto esfuerzo lo había sacado. Midió el riesgo que Santiago corría, pero dispuesto á compartirlo, ya no titubeó más y determinó decirle toda la verdad desnuda.

— ¿Quieres saber lo que te he ocultado siempre, por no querer decírtelo sino en un día de extremo peligro? Pues bien, serás satisfecho. La señora de Descharmais está unida por crapulosas intrigas á un temible facineroso, que es indudablemente el hombre que te ha escrito esa carta.

— ¡Cómo lo sabes tú! gritó Santiago con el semblante como la púrpura.

— Yo los he visto reunidos, los he escuchado tutearse y he sorprendido un trozo de conversación en que trataban de ti, y en términos significativos...

— ¿Su amante, entonces?

— La palabra es muy fina para aplicarla á un canalla semejante...

— ¿Qué, es un ser tan abyecto?

— Sí, mi querido amigo.

— ¿Y ella lo ama? preguntó Santiago con una angustia que demostraba hasta qué punto Ana había sabido conquistar su corazón.

— Yo no digo eso, y para ser franco, debo así mismo declarar lo contrario.

— Y bien, entonces...

— ¡Ay, mi buen Santiago! ¿quién explicará de una manera cierta las formaciones lentas, progresivas y finalmente casi indestructibles de esas relaciones entre hombres y mujeres de origen igual y de destinos diversos? El mismo lodazal fué la cuna del uno y del otro, y así como la madre del joven fué la comadrona del quinto piso, la de la joven fué la colchonera del primero: se conocieron niños sobre el pavimento húmedo y sucio del patio y bajo el ojo siempre alerta del licorista;

creció el uno junto al otro en la libertad de la calle y en la facilidad de los encuentros diarios, en uno de los cuales, y ya contando ella diez y seis años, fué violada en un rincón cualquiera por su compañero de juegos. Después ella se desarrolló, se puso bonita, se afinó en mejores frecuentaciones, y con ese don maravilloso que poseen las parisienses para asimilarlo todo, pasados algunos meses de vida fácil y cómoda, se transformó en una mujer coqueta, elegante y nada necia ni torpe. Durante ese tiempo, su camarada de infancia, nacido para ser un obrero, se embruteció en vez de hacerse honrado y activo : viviendo en los talleres entre hombres tan groseros como él, vino á ser un tipo de manos callosas, de voz ruda y desagradable, que débil de carácter á la par que alegre, prontamente hizo del café su punto habitual de reunión y tertulia y trabó conocimiento con mujeres que tienen el amor como oficio ó medio de gauarse la vida.

Entre un trabajador bueno y concienzudo y una que había sido su compañera de infancia y ahora era una de tantas, no hubiera habido contacto probable, porque no frecuentando la misma clase social, la casualidad de un encuentro hubiera podido

ponerlos frente á frente sin que se hubieran reconocido á penas. Pero entre el tipo aquel y la mujer aquella, el encuentro estaba indicado como inevitable y la nueva asociación como casi fatal. Una noche, en un baile público de *El Molino Rojo*, se hallaron frente á frente, y la común infamia lanzó al uno en los brazos del otro : el hombre no se abochornó de la mujer, y ella, arrastrada por un vago pesar al recuerdo de su miserable origen, guiada por un capricho aceptó al momento á aquél ente audaz y amenazador, para dejarlo al siguiente día y volver á tomarlo más tarde, como una especie de tópico contra la monotonía, la insipidez y las estúpidas corazonadas de sus amantes habituales. Ese, al menos, tenía dientes, músculos y acometividad, y la mordía, la estropeaba y la hacía reir : entraba con disimulo por la escalera de servicio, lo metía en un baño para que se aseara, luego le ponía una camisa limpia, y ya estaba el mozo dispuesto para el sacrificio. Iniciado en los secretos de la casa, se enteró del punto donde los señores elegantes y ricos guardaban sus valores, sacó las impresiones de varias cerraduras, y un día, durante la semana de las carreras de caballos en Trouville, dió un asalto y saqueó el apartamento

de un hombre alegre. La policía buscó sin encontrar nada, y la mujer, reventando de risa, ayudó al bandido á comerse el producto del robo.

Esto continúa así, hasta que en una hora de disputa, la bella viene á ser también la víctima de su galán, que la degüella por robarle sus economías y sus joyas... Y entonces el público lee en los periódicos, con curiosidad pero sin extrañeza, que la hermosa R\*\*\* ó la encantadora D\*\*\*, que lucía en el paseo de las Acacias en su carruaje tirado por caballos de cinco mil francos, tenía bondades con un Prado ó con un Pranzini, y los jóvenes elegantes de todos los círculos escupen públicamente asqueados y temblando de terror, al enterarse de que se habían codeado, en el misterio de alcobas galantes, con un consumado bandido á quien aguardaba la guillotina.

Aquí tienes, Santiago, cómo se establecen los lazos entre ciertas mujeres, respetables en apariencia, y los hombres más viles y abyectos: crímenes cometidos en común, infanticidios perpetrados en casa de las comadronas que envían ángeles al cielo, robos indicados ó solamente conocidos, algunas veces asesinatos protegidos ó encomendados; tales son los nudos que los

amarran. Frecuentemente, en un momento dado, la mujer se cansa y se aburre de su cómplice: su grosería le desagrada, sus exigencias de dinero ó de placer la encolerizan, y el capricho que sentía por él, se cambia en indiferencia y más tarde en horror; sin embargo, el bandido la tiene esclavizada: hay un cadáver entre ambos, y si ella resiste á sus peticiones y á sus deseos, él tiene de qué hacer uso para reducirla á la obediencia. ¿Que ama á otro hombre? ¡Qué importa eso! Es preciso que comparta la vida y las costumbres de su compañero de vicios y crímenes; y cuando tal vez quiera rehabilitarse por medio de una afección sincera, de una buena conducta y de una consagración desinteresada, el miserable, que no la suelta nunca, allí estará para atravesarse en su camino de redención y forzarla á arrepentirse y á volver á la vida del estercolero. Esta es, mi querido amigo, la historia de muchas de esas desgraciadas: te la he relatado sin atenuaciones, mas no por eso dejo de sentir piedad por esas víctimas. No sé si tu amiga está en ese caso; pero lo creería sin dificultad ninguna, y de cualquier modo, ante mis ojos tiene á su favor una circunstancia atenuante, y es que te ama sinceramente.



Santiago, pensativo, escuchó á Dauziat sin interrumpirle : sus nervios se habían calmado y recobraba la sangre fría y el valor en compañía de su perspicaz amigo. Reconocía con extrañeza y no sin admiración, que la primera opinión, expuesta al desnudo por Mauricio, estaba confirmada por los acontecimientos. Solo el literato, y desde los primeros instantes, había creído en una complicidad posible de la señora de Descharmais, y todo demostraba que no se había engañado : ¿por qué se habría de engañar en las inducciones á que se entregaba sobre los sentimientos probados de la joven, y que la guiaban actualmente?

Las presunciones favorables á su tesis eran ahora más numerosas y más precisas : la turbación de Ana, sus febriles ternuras, sus esfuerzos casi convulsivos por borrar el recuerdo de la muerta, eran otras tantas implícitas declaraciones. Sí, Dauziat decía la verdad, y el cuadro que había presentado de la vida, costumbres y fines siempre vergonzosos y en muchas ocasiones criminales de las mujeres galantes, era de una exactitud terrible.

Todo este inmundo basurero de las clases más bajas de la existencia parisiense, cuidadosamente

revuelto, sublevó el corazón de Santiago. ¡Qué! ¿Era en tal abyección disimulada bajo un falso decoro y una respetabilidad hipócrita, donde él había vivido con tanta alegría? El barniz de la riqueza arañada y el fardo de la galantería usurpada, no eran otra cosa que la infamia del dinero sucia, asquerosamente adquirido y el cinismo del libertinaje practicado con bandidos. Y sin embargo, Ana lo amaba, él tenía la seguridad : el mismo Dauziat estaba de acuerdo en este punto, á pesar de todo : la tiranía de los instintos y las obligaciones del pasado habían retenido á la desgraciada bajo el yugo de los más abyectos compromisos.

Á la vez sentía la piedad y el horror : disculpaba á Ana de estar á la merced de semejantes miserables, y la acusaba por haber cedido á las corruptoras voluntades y á los horrorosos consejos. Pero sobre todo, sentía en su corazón un odio feroz contra el asqueroso bandido que ya le había costado tantos dolores y tristezas, y juró hacerle pagar al mismo tiempo su deuda y la de Ana. Entregarlo á la justicia le parecía insuficiente y demasiado platónico, y por eso resolvió castigarlo por su mano, soñando que le desgarraría la carne

y que escucharía sus quejas y sus gritos. Quería, pues, vengarse, y vengarse personalmente.

— ¿En qué piensas, Santiago? le preguntó el escritor, inquieto de verlo meditar tanto tiempo.

— Pienso, contestó lentamente Prévinières, en todo eso que acabas de decirme, y admiro la justicia y precisión con que te expresas; pero, puesto que has adivinado todas esas cosas desde hace mucho tiempo, ¿cómo es que no me has advertido en seguida, para ponerme al abrigo de la horrible desilusión que me atormenta hoy?

— ¡Ah, mi pobre amigo, qué es lo que me preguntas! ¿Hay una regla absoluta de conducta en cualquier materia que sea? Y los consejos — ya te lo he dicho cien veces — no tienen otro valor que el de la oportunidad con que se dan. Eso que te he comunicado hoy, ¿lo hubieras querido escuchar hace solamente quince días? Y aunque en esa época hubiera sido tan útil y tan justo como en la hora actual, ni tu estado moral ni la situación material hubieran sido los mismos que ahora, y yo, á quien consideras como un juicioso en este momento, me hubiera visto entonces llamado calumniador por tu misma boca. Hablarte mal de la señora de Descharmais antes de haber llegado á

este momento, en que piensas en ti mismo, hubiese sido dar una prueba de locura, y además ¿qué hubiera obtenido de mi tentativa? Un rompimiento inevitable contigo, cosa que, como reconocerás, no he querido provocar. Me he aventurado hasta indisponerme con Ana, descubriéndole resueltamente mis desconfianzas y sospechas; pero me he guardado mucho de decirte una sola palabra de todo lo que entreveía.

— ¡Qué! ¿Has tenido explicaciones con ella?

— Á la mañana siguiente del día en que la encontré con el malvado en cuestión...

— ¿Y qué disculpas te dió?

— Ninguna : se defendió con todas sus fuerzas y negó con rara firmeza. Yo esperaba desarmarla y confundirla desde las primeras palabras, pero la energía de su carácter se mostró en pleno, y si no me hubiera hallado seguro de la verdad, la admirable actitud que opuso me hubiera convencido de que estaba engañado. Todo : la sangre fría, el tono, las palabras, las miradas, todo estuvo sin la menor discordancia : el ojo tranquilo, las declaraciones apoyadas por sonrisas de ingenuidad ; en fin, todo perfecto. Fué menester aplastarla bajo el peso de las acusaciones, para que confesara si-

quiera una parte de la verdad, y aun eso mismo lo transformó á su favor. Sus relaciones con el facineroso no eran más que la familiaridad de una hermana con un hermano desgraciado, y su disfraz obedecía á la buena intención de no humillarle con su elegancia. Cuando le hice saber que sospechaba que tuviera bondades con el foragido, se indignó como si se acusara á una reina de entregarse á su paje, y durante más de dos horas luchamos en medio de crisis de nervios y diluvios de lágrimas, sin que me fuera dable resolverla á confiar en mí. Es verdad que no ha dismuido en nada mi convicción, pero no es menos cierto que no me ha dado arma ninguna contra ella, y que como fin de escena, me puso en la puerta dignamente, previniéndome que sería inútil volver, porque daría orden á sus criados de que no me recibieran.

Ahora bien, esa mujer en su circunstancia, estoy persuadido que combate no por su salud, sino por su amor; no por salvar su vida, sino por no perderte. Ella presente que una ruptura contigo será la consecuencia inevitable de su confesión, y es por eso que se defiende con tanto denuedo. Por dos veces ví la verdad llegar hasta sus labios

y ser retenida, porque bien comprende que después que la diga le será imposible continuar á tu lado y bajo mis ojos.

— Entonces, ¿crees que ignora la nueva tentativa de ese malvado?

— Lo juro.

— Por lo tanto, ¿es solamente á él á quien tenemos al frente?

— Así lo creo.

— ¡Tanto mejor! Así no tengo ninguna consideración que guardar y procederé con el rigor extremo.

— ¿Qué piensas, pues, hacer?

— Acudir á la cita que me ha dado y seguir la aventura tanto como sea necesario, hasta obtener la llave de este misterio que tanto hemos buscado.

— No olvides que juegas tu vida.

— Perfectamente: eso es lo que me absolverá de matar si soy violentado.

— Bueno; iré contigo.

— ¿Estás soñando? Recuerda las recomendaciones de la carta: es preciso que vaya solo; si no, todo se pierde.

— ¡Pero, puedes muy bien verte asaltado por dos ó tres hombres!

— Ese temor no me hará retroceder : estoy resuelto á seguir la aventura hasta el fin, y además, mi querido Dauziat, llevo un excelente revólver que restablecerá el equilibrio entre mis fuerzas y las del adversario.

— ¿ No quieres prevenir á la policía ?

— ¿ Para que haga ruido, nos prenda y deje escapar á los malhechores ? ¡ No, ninguna ingerencia extraña !... ¡ Yo solo, y que suceda lo que quiera !...

— ¡ Ve, pues, y á la gracia de Dios !

Santiago llamó, pagó la cuenta de la comida — á la que no le habían hecho mucho honor — y salió con su amigo. Una vez en la calle de San Honorato, Dauziat encendió un tabaco, y como atormentado por una idea, interrogó á Prévinqières :

— Pero Ana me dijo que conocías á su hermano de leche ; ¿ es verdad eso ?

— Algunas veces me ha hablado de él, en efecto, mas con reserva y de una manera casi evasiva ; pero no lo he visto nunca...

Pero deteniéndose bruscamente y tomando á Mauricio por el brazo :

— Dime cómo es.

— Un tipo alto, muy trigueño, de ojos hundidos y fatigados, los cabellos con mucha pomada, una elegancia de boulevard exterior, corbata encarnada, traje color marrón, sombrero de castor...

— ¡ Ese es ! gritó Santiago : lo encontré una vez en el zaguán de la casa de Ana, y al pasar me lanzó una mirada tan amenazadora y tenía una apariencia tan sospechosa, que temí un robo con fractura en la casa durante la siguiente noche. ¡ Oh, ese es el mismo hombre, me lo has descrito con una fidelidad notable ! Soy capaz de reconocerlo entre mil : sólo su aspecto me produjo impresión tan violenta, que debí presentir que no me era desconocido... Y es con semejante miserable, con ente tan repugnante con quien Ana...

Pero se detuvo, y Dauziat respetó su doloroso silencio. Sin embargo, pasado un instante, que en aquellos momentos parecía muy largo, el literato le preguntó á su amigo :

— ¿ Verás á la señora de Descharmais antes de mañana por la noche ?

— No.

— ¿ No la prevendrás ?

— No : ella podrá traicionarme.

— Ó defenderte, quizás...

— No quiero nada de ella. Que este asunto me sea favorable ó no, yo no la veré más nunca; no podré soportar su vista.

Dauziat no insistió: el tono con que hablaba Santiago era tan firme y su resolución parecía tan firmemente tomada, que no podía pensarse que cambiara.

— ¡ Ah !... Escucha, dijo Mauricio, no quiero que duermas solo esta noche en tu casa: estás bajo una terrible agitación de ideas y deseo haber cierta compañía. Si tienes sueño te acostarás; yo me haré instalar una cama en la sala.

— Hay una habitación preparada al lado de la mía, y acepto agradecido tu ofrecimiento, porque lo que más temo ahora es la soledad.

Entraron, é instalados en el gabinete pasaron hasta media noche estudiando la cuestión sin poder hallar un resultado que ofreciera seguridad, porque llegaban siempre al término fatal de la citada en el anónimo. En fin, después de haber tratado cien veces del mismo asunto, Dauziat logró que su amigo se acostara:

— Hay que tomar fuerzas y que serenar el espíritu, le dijo á Santiago: mañana necesitarás de todos tus medios; así pues, ve á la cama, que

si no puedes dormir, al menos reposarás. Yo voy á hacer otro tanto.

Con un apretón de manos, cada uno se fué á su habitación. El escritor mucho se alegró de verse solo, porque así podía reflexionar más libremente sobre la extraña aventura de su amigo. Más ocupado de calmarlo que de medir la importancia de los acontecimientos, no se había hecho una idea absolutamente neta de la situación. Ahora, en frente de sí mismo, tenía todo el tiempo libre y todo el sosiego para comentar, deducir y concluir. En vez de acostarse, tomó asiento en un ancho sillón, encendió un cigarro y en el silencio de la noche fué tomando uno á uno todos los incidentes que podían concurrir á formarle una opinión. Antes que todo, descartó la presunción de una complicidad cualquiera de la señora de Descharmais en la asechanza tendida á Santiago. Su interés — sin tener en cuenta su ternura — le ordenaba hacer abortar la tentativa en vez de ayudarla, á más de que el golpe se preparaba tanto contra ella como contra su amante; y admitiendo el supuesto de que se trataba de tender un lazo á Prévinquières, venía á ser evidente que también se procuraba apartarlo de Ana.

Los móviles de la tentativa se revelaban de una manera irrecusable : ese que tal vez quería asesinar á Santiago — pero indudablemente separarlo de su querida — era un celoso, y á ese celoso no se le conocía apenas : tenía una cabeza de presidiario y se llamaba Carlos ; eso era todo. En fin, el crimen cometido en Elena se deducía tan lógicamente como el que se preparaba : por congraciarse con Ana y por mostrarle el caso que debía hacer de la audacia y de la adicta devoción de él, que la amaba, el bandido había asesinado á la rival, esperando que se le pagaría la proeza con el amor y con dádivas cuantiosas de dinero. Mas se encontró luego con que el resultado fué otro bien distinto, y que el crimen no había sido tan productivo como lo hubo soñado : dinero, lo tenía á voluntad ; pero cuanto al amor, la joven se mostraba bien mezquina y cicatera con esta clase de regalos. De aquí la gran pena que atormentaba al foragido, pues veía que en vez de avanzar en su provecho, había trabajado estúpidamente para otro.

Una sonrisa iluminó el rostro de Dauziat, quien se hizo las reflexiones siguientes : Esta es una situación clásica y frecuentemente tratada. Racine

ha hecho de ella el resorte principal de su *Andrómaca*, Dumas la ha expuesto de nuevo en su *Carlos VII*, y Musset la ha rimado deliciosamente en *Las castañas del fuego*. Tenemos aquí, en los personajes y en la colocación, una ligera variante, pero siempre el mismo fondo resumiéndose en el grito famoso : — « ¿Quién te lo ha dicho? » Y como siempre, el monstruo que ha trabajado celosamente queda confundido. Sólo que el de nuestro asunto, viendo que se le ha jugado la partida, está furioso y quiere vengarse. Y ahora, ¿quién debe con más facilidad meter en razón á esa bestia feroz, sino la domadora, que tantas veces la ha reducido á la obediencia? Sin embargo que en esta circunstancia nadie puede asegurar que la domadora no sea devorada : su prestigio parece comprometido, tal vez por haber abusado ; pero en todo caso, si hay alguien que pueda desatar esa intriga sin violencia, es únicamente Ana.

Llegado á esta conclusión, el escritor no quiso buscar otra ninguna, porque consideraba justo y natural que fuera esa la que había originado el incendio que él se tomaba el trabajo de extinguir. Toda intervención de Santiago sería desastrosa. Lo mejor que podía resultarle sería salir sano y

salvo de la entrevista con el peligroso bandido, cosa no imposible aunque sí extremadamente difícil. Admitiendo que Carlos no pretendiera más que espantarlo y hasta abochornarlo, relatándole el pasado de la señora de Descharmais y sus relaciones con ella, era imposible que la exasperación de Prévinquières no precipitara la escena hasta las más violentas consecuencias. Entre esos dos hombres, que tenían el uno contra el otro los más graves motivos de rencor y de odio, no era admisible que dejara de producirse un choque: no cambiarían tres palabras sin venir á las manos; y suponiendo que Santiago venciera al temido bandolero y le hiciera pagar sobre el terreno la sangrienta deuda, la victoria habría de resultar tan pública y fecunda en escándalos, que era preciso á todo precio ponerlo en la imposibilidad de ir á conquistarla.

Y el medio de obtener este fin era uno solo: consistía en presentarse en casa de la señora de Descharmais, sin que lo supiera Santiago, enterarla del peligro que el joven iba á correr á causa de ella y ponerla en ocasión de intervenir. De dos cosas, una: ó ella tendría bastante autoridad para dominar á Carlos, y entonces se podría ale-

jarlo para siempre, á fin de evitar el horror de la reapertura de la instrucción sobre el crimen tan lamentable y á penas olvidado, ó haría, en todo caso, imposible la cita, á la cual Santiago se empeñaba en acudir, y entonces, ganando tiempo, se podrían tomar medidas para desembarazarse de un desharrapado y vil que indudablemente debía haber cometido ya bastantes fechorías para merecer que lo enviasen á colonizar en países tan lejanos como insalubres.

Las dos sonaban cuando Dauziat hubo llegado á esta solución, que le pareció la más razonable y verosímil, y teniendo necesidad de recuperar fuerzas para la importante y escabrosa jornada que se le preparaba, se metió en la cama y quedó dormido al momento; mas cuando ya en pleno día abrió los ojos, encontró á Santiago, todo vestido, sentado al pie de la cama y aguardando á que él despertara.

— Y bien, ¿has concluído la noche de una manera soportable? le dijo el joven; te he escuchado caminar hasta bien tarde.

— Y tú, le preguntó Dauziat, ¿has descansado un poco?

— Sí; después que me dejaste arreglé papeles,

escribí varias cartas, y á las dos de la mañana, rendido de fatiga, me fuí á acostar, y ahora me hallo lúcido y tranquilo.

— ¿Y siempre tan resuelto?

— Siempre.

— ¿No quieres modificar nada de tus resoluciones?

— Nada.

— ¿Irás solo á la cita?

— Sí, puesto que es la condición que hay que cumplir, y sin la cual nada podrá realizarse.

— Pues bueno, entonces te pido que me dejes ir á dar una vuelta por mi casa para leer mi correspondencia, y dar órdenes á mi criado; después vendré á almorzar contigo.

— Bueno, te dejo.

Dauziat saltó de la cama y se vistió prontamente, á la vez que reflexionaba: Las personas de carácter dulce son así: una vez que han tomado una resolución extrema, no retroceden, y cuando más se les aconseja lo contrario, hacen como los carneros ensoberbecidos, que más desean avanzar aunque sepan que se van á destrozarse la cabeza. He aquí una persona que en las circunstancias ordinarias de la vida, no será capaz

de hacer daño á una hormiga; pero en el estado de espíritu en que se encuentra hoy, matará ó se expondrá á que lo maten con la ferocidad de un tigre. Por eso voy á hacer porque esto se arregle.

Se puso la levita, monologuando aún, abrió la puerta del gabinete de Santiago, quien estaba sentado ante su escritorio, y le gritó:

— ¡Me voy; hasta luego!

Bajó la escalera y al pisar la calle el reloj neumático marcaba las nueve. Entonces pensó: Será quizás un poco temprano para presentarme en casa de la bella Ana; mas no tengo tiempo para respetar las conveniencias, y además, si aún está en la cama, podrá escucharme con más comodidad para ella, que en caso de un desmayo no se expondrá á hacerse daño por la caída.

Llegó á la calle de la Chaussée d'Antin, subió vivamente, y á la sirvienta que sorprendida y desconfiada le abrió, le dijo:

— Avise á la señora de Descharmais que deseo hablarle...

— La señora no se ha levantado, señor, y además, no sé si recibirá al señor...

— Bueno, bueno: dígame usted que es muy urgente.



Y sin ocuparse de la sorpresa de la criada, se introdujo en la sala. Dos minutos habían pasado, cuando una puerta oculta por una cortina se abrió dando paso á la señora de Descharmais, quien coquetamente vestida, con sus rubios cabellos recogidos sobre la cabeza y muy bonita en el desorden de su traje de salida del lecho, se presentó á Mauricio. Sin preámbulos, con un gesto breve y mirada ansiosa le interrogó al inesperado visitante :

— ¿ Es que le ha pasado algo á Santiago?

El literato le respondió con un tono seco :

— ¿ Sabía usted, pues, que podía sucederle alguna cosa?

— ¡ Ah ! Nada de disimulos : si usted ha venido, es porque el interés de Santiago lo exige...

— Usted juzga racionalmente.

— Pues nada de frases, y explíquese, puesto que á la criada le ha dicho que desea hablarle con urgencia.

— Y es de urgencia, en efecto ; pero podemos hablar reposadamente y no diremos sino lo más preciso y más claro...

— ¡ Vamos, dígame qué es lo que él tiene !

Y arrastrando á Dauziat hacia un canapé, en un

completo olvido de ella misma, le dejó ver sus pies desnudos y medio calzados con elegantes pantuflas de seda bordada, y el tobillo de su fina pierna.

— Lo que acontece, dijo Dauziat, es que el bandido de su hermano de leche recomienza á hacer de las suyas : le ha escrito una carta anónima á Santiago dándole una cita.

— Y si esa carta es anónima, ¿ con qué pruebas lo acusa usted de haberla escrito?

Dauziat miró á Ana con sus ojos perspicaces y le preguntó con helada ironía :

— ¿ Usted lo defiende todavía?

La señora de Descharmais enrojeció hasta los cabellos y le dijo con irritado tono :

— Contra usted, sí, porque es usted solo quien con tanto encarnizamiento trabaja por perderlo y por perderme...

— Yo no se le pregunto, dijo el literato, porque usted misma confesará su complicidad en los actos de él, asociando su destino al suyo... Pero dejémos de palabras mal sonantes... Usted pide las pruebas con las que acuso al maestro Carlos... Aquí están... Juzgue usted misma...

Y sacando de su bolsillo la carta, que había guardado desde la comida de la víspera, la puso ante

los ojos de Ana. La joven palideció, sus párpados latieron como si estuviera dominada por un vértigo, su respiración se aceleró violentamente, una oleada de amargura hinchó su garganta, y con un grito de dolor prorrumpió en sollozos, repitiendo como si fuese presa de una locura desesperada :

— ¡Es el mismo! ¡es el mismo, Dios mío, es el mismo!...

Después, olvidando sus desconfianzas y en un desfallecimiento que no trató de vencer, dejó caer la cabeza sobre el hombro de aquel á quien juzgaba su enemigo y lloró amargamente. El escritor, al verla sin defensa y rendida á merced, sintió la piedad y le habló dulcemente :

— Vamos, no se atemorice de esa manera, porque debe siempre buscarse el medio de arreglar las cosas... No he venido más que á concertarme con usted... Lo que es preciso, antes que todo, es evitar un choque entre Santiago y ese brigante... He hecho todo lo posible por disuadir á mi amigo, pero no quiere escuchar nada, pues lo empujan la cólera y los celos.

Al oír estas últimas palabras, Ana levantó un poco su pálida cabeza, y un rayo brilló en sus ojos llenos de lágrimas : la mujer amorosa, exclusiva,

sincera apareció de una manera tan evidente, que Dauziat abandonó sus últimas dudas. Vió muy bien que Ana no pensaba más que en su amante y en defenderlo, y que expondría su cuerpo y su alma por salvarlo, y si fuera posible, llegaría hasta el prodigio por volverlo á su lado.

— Usted comprende bien que no debe permitirse una entrevista entre el hombre que usted sabe que es capaz de todo y el señor de Prévinqüères.

— Pero, ¿por qué quiere ir á esa cita?

— Para conocer el secreto cuya ignorancia le tortura desde hace un año, y que le producirá mayor tortura todavía cuando lo haya conocido.

— ¿Y si soy yo quien se lo digo? gritó Ana, ¿le será eso suficiente?... ¡Ay, bien sé que cuando le haya hablado, no querrá más, no podrá verme más nunca!... Pero si va ante ese miserable y expone su vida... ¡Pues bien, sacrificaré mi dicha por su seguridad!...

Dauziat la vió transfigurarse : la vió convertida en una nueva Ana, franca, generosa, leal, que se le reveló y que hizo desaparecer para siempre hasta el recuerdo de la Ana calculista, perversa

y egoísta que él había adivinado. Entonces le tomó una mano y le preguntó :

— ¿Sacrificará usted completamente ese hombre á quien está unida por lazos tan fuertes? .

— ¡Oh, me causa horror!... ¡Usted no sabe lo que sufro después de un año y á qué exigencias he estado expuesta!... ¡Es un monstruo!... Lo he ensayado todo para salvarlo de él mismo, y no ha querido... ¡Que no acuse á nadie más que á él de lo que vá á pasar!... ¡Qué fidelidad he de guardarle á semejante miserable, que me vendé por satisfacer sus bajos rencores! ¿Puedo deberle alguna cosa todavía, después de la carta que usted acaba de enseñarme? Él ha traicionado el primero... Pero no soy tan abominable, y no le perderé si logro desembarazarme de otra manera...

— ¿Cuál es su proyecto?

— ¡Oh! No puedo explicarlo, y yo solamente puedo ejecutarlo...

— ¿No podré servirla en alguna cosa?

— Sí, usted irá á llevarle en seguida unas líneas á la madre de ese desgraciado : esas líneas creo que serán suficientes para desbaratar todos los planes preparados, y después...

— ¿Y después?

— Usted podrá traer á Santiago aquí...

Dauziat bajó la cabeza como embarazado :

— No creo que consienta...

— ¡Qué! ¿No me verá más... nunca? preguntó Ana con la voz entrecortada.

— Así lo ha declarado.

— Usted bien comprende que eso será injusto... Sobre todo... en su interés está que yo le hable... No osaré ir á su casa; ¿pero no tiene usted autoridad bastante para traerlo aquí?...

— Trataré de hacerlo...

Usted, de quien tanto he sospechado, vá á proceder como un amigo verdadero trayéndolo frente á mí.

— Veo que usted es sincera y desinteresada.

Dos lágrimas brillaron en los ojos de Ana, y sonrió con tristeza á la vez que le respondía afligida :

— Si usted me hubiera ayudado más antes, yo hubiese sabido escapar de la horrible tiranía que me ha perdido... Siempre he amado á Santiago con todo mi corazón... ¡Si hubiera podido confiar en usted, todas las desgracias que han sobrevenido se hubieran evitado!... Ni usted ni Santiago deben dudar nunca de todo lo que sufrí cuando con

tanta dureza me abandonó. Y sin embargo, me sentía tan fuertemente atada á él, que hubiera aceptado vivir á su lado como más le hubiese convenido... Se lo propuse, pero su espíritu estaba predispuesto... ¡Cuántos malos consejos le fueron dados para destruir la influencia de mi ternura!... ¡Y cuando le hube dado la prueba más completa de mi abandono á su voluntad, me volvió la espalda como se hace con una mujer cualquiera después de una noche de placer y de haberle pagado!... Á pesar de todo, lo amo todavía y lo amaré siempre, y muy grande fué mi gozo cuando logré volver á verlo y reconquistarlo... Después, usted lo ha visto : mi conducta no lo ha desmentido... Él ha usado de mí como ha querido, y todo lo he soportado porque su tranquilidad no fuera turbada. ¡Esta tarde misma, sin es necesario, me expondré á todos los peligros por lograr que él no se exponga á ninguno, y por más que no tengo la seguridad de que seré recompensada siquiera con un : « Muchas gracias !... »

Dauziat la escuchó como si soñara : por la primera vez veía descubrirse ante él, sin atenuaciones ni reservas, los sentimientos de la joven. Pudo juzgar con pleno conocimiento de causa, no se

sintió una infalibilidad bastante completa para condenarla, y se preguntó si no era ella la víctima, y Santiago, su familia, la sociedad y él mismo, su amigo, los verdaderos culpables. ¿Qué había hecho en suma la pobre mujer, sino amar? ¿era responsable de la casualidad de su nacimiento, que la había lanzado en un horrible medio vital de donde había salido viciada de cuerpo más que de alma? Había hecho todos los esfuerzos por elevarse, hasta trató de casarse con el hombre que amaba; y si Santiago, á pesar de la oposición de su familia, hubiera accedido, ¿con qué derecho ni con qué justicia suponer que no hubiera sido una esposa fiel? ¡Tantas y tantas escogidas entre las puras se vuelven unas pérdidas, que pensando sabiamente, hay que admitir que una pobre joven, elevada por el amor, es bien capaz de dar muy pronto ejemplo de virtud!... Después de todo, ella era joven, hermosa, inteligente y adicta hasta la pasión, y así como era verdad que las había peores, no era menos cierto que no se encontraban muchas mejores...

Aceptada esta conclusión, Dauziat experimentó un acceso de interior alegría, y se dijo : — « Bueno, he aquí que convengo con las *Ideas de la señora*

*Aubray*. Decididamente, las situaciones nuevas son tan raras en la vida como en el teatro... »

Ana interrumpió la meditación filosófica del literato, preguntándole con cierta timidez :

— ¿Puedo esperar que usted me ayudará en mi difícil empresa ?

— Ciertamente que puede contar conmigo, dijo Mauricio con calor, porque me intereso por usted y me dedicaré á servirla... Ante todo, le prometo traerle á Santiago...

Ella elevó las manos con un aire de tal reconocimiento, que Dauziat emocionado se arrepintió de todas las palabras duras que le había lanzado en la otra entrevista.

— ¿Usted llevará la carta que escribiré ?

— Imagino que usted no la confiará á cualquiera.

— ¡Oh, no : solo usted puede ser mi mensajero en esta circunstancia !...

Y diciendo esto, se sentó ante un pequeño escritorio, trazó algunas líneas que encerró en un sobre y se las entregó diciendo :

— No saldré hasta que usted no haya vuelto.

— Y cuente que no volveré solo.

Ella le tendió la mano, que él tomó oprimiéndola

dola dulcemente y un poco tembloroso entre las suyas, y luego, acompañado por Ana hasta la puerta, descendió la escalera de cuatro en cuatro escalones, se lanzó dentro de un coche que pasaba y le gritó al cochero :

— ¡Calle de Tholozé!

En un cuarto de hora llegó ante la casa fatídica y de hedionda escalera, empujó la puerta-vidriera de entrada de un alojamiento de donde salía el repugnante olor de un guisote con cebollas, y preguntó :

— ¿La señora de Carlos ?

De entre la nauseabunda obscuridad una voz asmática gruñó :

— En el segundo piso, la puerta de la izquierda.

Dauziat trepó, vió la llave puesta en la puerta, mas no quiso penetrar bruscamente en aquel local que consideraba como una guarida : llamó, y escuchó que le gritaron desde dentro :

— ¡La llave está en la puerta!

Entonces penetró, atravesó el pequeño vestíbulo y fué recibido en el umbral del comedor por la señora de Carlos, quien se hallaba limpiando un plato con un paño más negro que el fondo de la

chimenea. Al verlo, la mujer gritó en un tono de jovial familiaridad :

— ¡ Ah, si es el señor de Dauziat!...

Y como el literato no disimulara su sorpresa :

— ¡ Oh, yo lo conozco á usted bien, señor de Dauziat!... Lo he visto á usted muchas veces en Granville, durante el tiempo... Y también han expuesto su retrato en las papelerías... Este invierno el teatro de Montmartre ha puesto en escena un drama de usted, *El último Gentilhombre*, y en los carteles que lo anunciaban estaba el retrato de usted... Muy honrada estoy de verlo en mi casa... Pero, siéntese, señor; ¿ qué es lo que puedo hacer en su servicio?

Aturdido por tanta verbosidad, en que bajo la capa de la obsequiosa atención mal se disimulaba una sorda inquietud, Dauziat le alargó la carta de Ana :

— Esta es una carta que estoy encargado de traer á usted...

La vieja rompió el sobre y gritó :

— ¡ Ah, es de María Ana!...

En el mismo momento, la puerta que estaba frente á Dauziat se abrió, y Carlos, en mangas de camisa, sin hacer caso del visitante, entró bruscamente, arrancó, más que tomó, la carta de las

manos de su madre y se puso á leerla. Al instante se tornó cárdeno, sus dientes rechinaron, su fisonomía expresó un furor salvaje, profirió un terrible juramento y dando fuertemente con el pie en el suelo :

— ¿ Es que María Ana me toma por un idiota? vociferó el energúmeno. Y luego, volviéndose al literato y examinándolo con curiosidad :

— Cuanto á usted, es preciso que sea usted un famoso descarado, para haberse atrevido á traer este papel... ¿ Sabe usted lo que dice?

— No, respondió Dauziat con tranquilidad, pero dudo...

El bandido cerró con tanta fuerza sus puños, que los hizo sonar :

— Y si yo le rompo á usted la cara ¿ qué dirá luego?

— Es probable que no diga nada; pero antes es necesario tratar de rompérmela, y sobre todo, conseguirlo.

Carlos hizo contra el escritor un movimiento tan inquietante, que su madre se lanzó ante él diciendo :

— Vamos, Carlos, es el señor Dauziat... ya sabes... el autor...

— ¡Aunque sea el diablo!

— ¡Pero él no es responsable de lo que nos han escrito!...

— ¡Truenos y rayos!... ¡Este es de los que tratan de producirme disgustos!

— En todo caso, yo soy de los que no gustan que les calienten las orejas, y le advierto á usted que si continúa en ese tono, abro la ventana y llamo al policía que se pasea allá en la esquina de la calle de Lepic... Después, iremos á explicarnos ante el comisario de policía... ¿Le parecerá á usted bien eso?

— ¡Si usted abre la ventana, por ella bajará más pronto á la calle!...

— Entonces, calma. No son más que las diez, y supongo que desde esta hora no estará ya usted borracho; y además, como esa carta no es para usted, sino para su madre, devuélvasela inmediatamente...

— La carta es para ella, para mí y también para usted. Escuche lo que canta :

« Mamá Carlos :

» Si hoy su hijo no sale de París, mañana por la mañana tomaré medidas para poner al abrigo

de sus amenazas á las personas que amo. Él sabe bien que no me detendrá nada, ni aun el cuidado de mi propia seguridad... Que es completamente inútil que acuda á la cita que ha dado para esta tarde, porque no encontrará á nadie. »

— ¡Esto es lo que ha escrito, y yo la conozco : lo hará como lo dice!... ¡Esta es la recompensa de mi devoción y de mi fidelidad! Este es el premio de...

— ¿De qué? preguntó Dauziat.

Carlos descargó sobre la mesa una puñada que la hizo crugir, y volviéndose á la vieja, que escuchaba consternada :

— ¡Váyase, madre, gritó con voz ruda; tengo necesidad de hablar solo con este señor!

— ¡Carlos! ¡Carlos! suplicó la nodriza ¡bien sabes cuán fácilmente vas más lejos de donde quieres!...

— Vaya, señora, dijo intrépidamente Dauziat, yo no temo nada.

Ella salió, y apenas se cerró la puerta, Carlos avanzó hasta el literato y le dijo con siniestra arrogancia :

— ¿Quiere usted conocer la conclusión de la frase? Pues bien, óigala : ¡Este es el premio de haberla complacido matando á la otra mujer!

Dauziat no pestañeó siquiera : deseaba ante todo saber, y temía que un gesto ó un grito que tradujera su horror fuera bastante á cortar la confianza comenzada, y se limitó á preguntar casi á media voz :

— ¿Fué ella, pues, quien le pidió á usted que matara á la otra?

— ¡ No, la holgazana ! Es demasiado maliciosa para eso, pero ha hecho lo que se necesitaba para empujarme á la venganza... Sabía bien que no tengo carácter para soportar que quedara humillada, y cuando lloraba por verse abandonada, para mí fué lo mismo que si hubiera condenado á la que era la causa de su desesperación... Cuanto á él, ella me ha hecho creer que lo conservaba únicamente por interés, como á Descharmais... Pero se sabe lo que es la vida, se razona, y se ve que hay corazón y se conoce lo que debe sufrirse ; ¡ mas cuando se ve que es todo lo contrario y que se nos ha traicionado y robado, entonces se toma un buen cuchillo y se mata !

— Pero, señor de Carlos, dijo Dauziat, yo creo que sueño : usted habla de matar como si no hubiera sociedad, ni magistrados, ni gendarmes. No vivimos en un desierto, y nadie se conduce im-

punemente como un salvaje... Matar es fácil de decir, pero pueden también matarlo á usted : es preciso contar con la guillotina.

— ¡ Los compañeros están ahí para vengarnos ! ¡ Á la sociedad se le volverá lo de arriba para abajo, á los magistrados se les hará saltar en pedazos, y á los gendarmes se les fusilará contra el muro de los federales, en el Cementerio del Padre Lachaise !

— ¡ Oh, oh ! Esa es una original mezcla de comunismo y de anarquía... Pero nos vamos separando de la cuestión principal. Veo que la señora de Descharmais sabe de usted bastante para considerar que usted causa legítimas inquietudes, y usted mismo confiesa que le reconoce carácter suficiente para ejecutar sus amenazas : ¿ no sería más razonable ponerse de acuerdo?... Ella le ha propuesto á usted que parta...

— ¿ Para que la deje vivir tranquila con su amigo de usted?... ¡ Jamás !

— ¿ Usted que no tiene nada que elogiarse de la situación actual, quiere, sin embargo, agravarla?

— No se me tratará como á un imbécil.

— ¡ Eh ! ¿ Quién ha pensado tal cosa ? Se le ofrecen á usted los honores de la guerra, y lo que



le digo, aunque no es muy moral es muy práctico. Si tengo algún mérito, créalo, es porque he llorado á la joven víctima de usted...

— ¡Si yo pudiera resucitarla!... dijo Carlos con aire sombrío. ¡Oh, esa sería la mejor venganza contra María Ana!... ¡La desgraciada jovencita!... Bien poco se necesitó para matarla, pues no tenía la vida dura y á penas si se defendió... Un suspiro, una mirada, y todo acabó... Pero no se acabará con la otra con tanta facilidad, no : ella es de ataque; mas da lo mismo, y de todas maneras, que se guarde mucho...

— ¿Procura usted matarla?

— No sé todavía lo que haré... Esa mujer me vuelve al revés cuando la veo... Pero es seguro que haré cualquier cosa...

— Ella también; no lo olvide usted.

Carlos movió la cabeza sin responder y tomó la carta, que leyó de nuevo, pero sin cólera : parecía ya vuelto á ser dueño de sí, y al fin de un instante dijo :

— ¡Es una famosa bribona!... Pero no la llevarán al Paraíso; usted puede anunciárselo...

— ¿Usted no teme que al salir yo de aquí lo haga prender?

— Si ustedes estuvieran en disposición de hacerlo, ya lo hubieran hecho... Pero temen el escándalo y también comprometer á María Ana. Los tengo seguros á todos ; lo sé bien.

— Toda restricción tiene sus límites : cuando la suma de peligros que se debe temer sea mayor que la de los perjuicios que un escándalo pueda ocasionar, entonces todo será dicho.

— Pues bien, todo será dicho, señor !: yo arrastro una existencia miserable que me hastía, y esa es una manera de acabar.

— ¡Sembrando la desolación en torno, como un verdadero monstruo!

— ¡Como un monstruo, sí! Puesto que no puedo obtener la parte de placer á que tengo derecho, ¡malditos sean los dichosos!

Dauziat comprendió que no obtendría ninguna concesión de ese revoltoso, y viendo la razón impotente lo dejó todo al porvenir; pero quiso resumir la entrevista con una proposición definitiva :

— Si usted se decide á partir, como se le pide y como todo se lo aconseja, vaya á verme : le facilitaré á usted los medios, no tendrá que tratar con otro que conmigo, y la soberbia quedará salvada.

Carlos tuvo un momento de emoción, sus facciones se contrajeron, y dijo :

— Si yo no hubiera encontrado más que gente como usted, no sería lo que soy...

— ¡Pues bien, gritó Dauziat con nueva esperanza, redímase usted!

— ¡No, es demasiado tarde, y aunque lo quisiera, no podría conseguirlo!...

El literato hizo un gesto de abandono, abrió la puerta y alejóse.



## VII

Eran las dos de la tarde cuando Dauziat regresó á casa de la señora de Descharmais. La joven lo esperaba, la frente junto al cristal de la ventana, sin separar la mirada de la calle y presa de una impaciencia terrible por saber cuanto más antes lo que, según ella, debía decidir de su vida. Vió al escritor bajar de un carruaje, pero completamente solo, y una nube pasó ante sus ojos, sus piernas se doblaron, y pensó :

— ¡Soy perdida! Santiago se niega á venir, puesto que Dauziat no lo trae. Todo acabó, no hay duda; porque si ha resistido á su amigo, no cederá á nadie.

Sin embargo, el ruido de la campanilla, agitada por Dauziat, la hizo saltar del sillón en que se había abandonado, y adelantándose á la criada se